

VERSION IN EXTENSO  
10 FOROS, 40 EXPOSITORES

Los textos siguientes corresponden a la transcripción literal, completa, de todo lo expresado verbalmente por cada uno de los expositores en los FOROS de Congreso Ciudades. Las transcripciones se hicieron a partir de la versión taquigráfica del registro de audio.

<b>FORO 5: INTERVENCIÓN DE RICARDO ABUAUAD .....</b>	<b>1</b>
<b>FORO 5: INTERVENCIÓN DE JOAN MACDONALD.....</b>	<b>7</b>
<b>FORO 5: INTERVENCIÓN DE EVELYN MATTHEI .....</b>	<b>12</b>
<b>FORO 5: INTERVENCIÓN DE JOSÉ RAMÓN UGARTE.....</b>	<b>18</b>

## **FORO 5: INTERVENCIÓN DE RICARDO ABUAUAD**

---

El señor RICARDO ABUAUAD.- Les agradezco mucho la invitación y la oportunidad. Es un desafío hablar de estos temas en diez minutos y plantear algo pertinente, inteligente, razonable en un plazo como ese. Así que, habiendo dado las gracias, y también la oportunidad de conversar en esta mesa tan interesante, voy a ir derecho al grano.

*(El orador apoya su intervención con una presentación digital).*

¿Qué debe hacer la política frente a la crisis de nuestras ciudades?

Esta no es una pregunta trivial.

La primera cosa fundamental es: nuestras ciudades ¿están en crisis? Por supuesto que están crisis. Están en crisis en todo orden de cosas: en el cambio climático, en el deterioro de los centros históricos, en las fallas de la planificación, en los incendios, en las inundaciones, en los campamentos, en las violencias, etcétera, etcétera, etcétera. Yo creo que ese “etcétera” llenaría tres páginas de esta presentación.

Creo que sería una negación intentar no ver esto o ponerle otro nombre, a pesar de que se ha intentado hacer. Yo creo que en más de alguna oportunidad se le ha intentado bajar el perfil de la gravedad de la situación.

Pero mi posición -y esto es lo que les vengo a presentar a ustedes- es que no es nada nuevo que la ciudad está en crisis. Todas las ciudades están siempre en crisis. Las ciudades están en crisis desde el principio de la historia; pasan por distintos tipos de crisis. Las ciudades se queman, se libran batallas en ellas, son bombardeadas, se inundan, se vuelven obsoletas, se vuelven saturadas, desadaptadas a las necesidades de sus habitantes. Esa es casi la definición de una ciudad.

Las ciudades son rígidas, son una obra construida mayor, y las sociedades que habitan en ella cambian rápidamente. Es normal, entonces, que una ciudad, que es una construcción rígida, termine encontrándose desadaptada con respecto a la sociedad que la habita.

Lo que yo creo vital aquí es que no hay que aburrirlos con los datos que demuestran lo mal que estamos, porque en diez minutos eso no cabe y, por lo demás, conocemos esos datos. Los conferencistas anteriores los han expuesto brillantemente, en lo que he alcanzado a revisar. Hay cientos de instancias (seminarios, publicaciones) que lo evidencian. Y creo que mucho más importante que intentar contestar la pregunta de qué tan grave es la crisis, qué tan importante, qué tan urgente, es preguntarse cómo somos capaces, sí o no, qué capacidades tenemos de reaccionar frente a la crisis.

Voy a poner un pequeño ejemplo que puede parecer una trivialidad, pero es importante para tener en cuenta esto.

En realidad, en realidad, en realidad, cuando uno entiende que las ciudades están permanentemente en crisis, lo único que vale la pena preguntarse es: ¿estamos en condiciones, somos capaces de reaccionar oportunamente, inteligentemente, pertinentemente a esa crisis? ¿Sí o no?

Y voy a poner un pequeño paralelo con el mundo de la salud, para ponerlo así bien sobre la mesa y bien obvio.

El mundo de la salud enfrenta crisis a diario, y todo lo que ha hecho, particularmente durante el siglo XX, pero antes de eso también, es perfeccionar su capacidad de respuesta frente a las crisis.

Crisis: un paciente con distintos niveles de enfermedad. Ello detona, desencadena una reacción previamente acordada y coordinada, en tres ámbitos fundamentales: un dónde, un cómo y un quién.

El dónde: los centros hospitalarios de diferentes jerarquías que reúnen las competencias necesarias para un tratamiento integral. Todo ocurre ahí. Nosotros sabemos dónde ocurre este proceso de cura y sanación de un paciente. Y, por lo demás, en realidad estos centros tienen especializaciones, por lo tanto, hay unos mejores que otros para determinados tipos de problemas.

Un cómo: una serie de protocolos discutidos, puestos a prueba, difundidos, debatidos y en constante revisión.

Y un quién: un equipo jerarquizado, con funciones claramente definidas y coordinadas.

El problema no es que estemos en crisis; el problema es que no hemos diseñado un sistema de respuesta frente a las crisis, nada parecido a esto.

¿Qué dijo, al respecto, de nuestra capacidad de respuesta el Consejo Nacional de Desarrollo Urbano, hoy “suspendido”? En realidad, escribí eso hace tres

días; hoy estaría no suspendido, sino que más bien renovado. Claro, es otra cosa, pero se supone que es similar.

Dijo, en el documento “Propuestas para implementar un sistema de planificación urbana integrada”, en enero del 2018, sobre las debilidades de nuestra capacidad de respuesta en nuestro sistema que: tenemos un alto nivel de centralismo en la elaboración de planes; un predominio de la visión sectorial en los planes y falta de integración entre desarrollo urbano y desarrollo territorial (lo cual el nuevo Consejo pretendería resolver); debilidad legal de algunos instrumentos; debilidades institucionales; inexistentes sistemas de evaluación y monitoreo de planes; limitados espacios de participación ciudadana.

El diagnóstico está superhecho. Si hiciéramos una pequeña encuesta, yo diría que el 80, el 90 por ciento de sus críticas, de las críticas de esta mesa experta y probablemente de los auditorios, más o menos coincidiría con esto. El diagnóstico está hecho.

Pero si uno piensa en realidad lo que le falta a nuestra capacidad de respuesta, haciendo ese paralelo con el mundo médico, es que no tenemos nada parecido a un dónde; no tenemos nada parecido a un cómo; no tenemos nada parecido a un quién: no tenemos ni un hospital, ni el protocolo médico, ni el equipo adecuado.

¿Por qué? Porque con respecto al dónde, la pregunta se contesta mal. ¿En qué lugar, institución o unidad ubicamos las atribuciones y las capacidades para resolver esta crisis? ¿Qué capacidades se tienen en esta unidad? ¿Qué organización, qué coordinación con otras unidades? ¿Esta unidad o unidades aseguran continuidad de las políticas a través del tiempo?

O sea, no tenemos el hospital, no tenemos el cesfam, no sabemos hacer eso. Tenemos una serie de unidades fragmentadas que resuelven parte del problema y que no conversan entre sí. Es como si el paciente del que estamos hablando tuviese una serie de crisis médicas y cada una de ellas detonara una forma de reaccionar en lugares distintos, que no estuvieran integradas ni coordinadas entre sí. En el mundo de la salud nos parecería ridículo, pero aquí también es ridículo.

Una primera observación obvia: la ciudad puede ser abordada “disciplinariamente”. Es obvio que hay disciplina dentro de la ciudad por temas o por divisiones administrativas, pero la realidad, la experiencia del habitante es integrada y multidisciplinaria, nunca es disciplinaria, nunca es fragmentada.

Y una segunda cosa es que, si el paciente recurre a un médico especialista, es porque hay una junta médica que integra, que ve el paciente como un todo. En la ciudad, al menos en Chile, eso no existe.

Dicho eso, ¿cómo contestamos hoy la pregunta del dónde? ¿Cómo deberíamos contestar? ¿Cómo lo contestan otros? No cómo deberíamos, más bien,

cómo se contesta en la realidad. Por ejemplo: hay ministerios, partes de distintos ministerios también, hay municipios, hay un gore, hay una interminable fragmentación de competencias, de regulaciones, de ámbitos de gestión, y no hay continuidad en el tiempo; no hay nadie que asegure una continuidad en el tiempo.

Dicho eso, ¿cuál es la propuesta que vengo a presentar? Una propuesta que en realidad ha tenido bastante aceptación en un escenario en el que las propuestas urbanas suelen no conseguir aceptación más o menos transversal; y esta la tiene, la tuvo, por lo menos a través de una carta que firmamos en un diario hace unos dos años, en la que casi todo el mundo o una buena parte de los actores estuvo por una idea como esta. Y esa idea se llama “Agencia de Ciudad”.

¿En qué consiste una Agencia de Ciudad? Es una unidad permanente, transversal, que reúne las competencias necesarias para planificar y para actuar sobre un territorio.

Hay diversos modelos. Y existe la Red Mundial de Agencias de Urbanismo. Podemos apelar a cualquiera de esos modelos existentes.

Es independiente del ciclo político, porque es permanente; opera en un determinado espacio (una ciudad, una parte de una ciudad, un grupo de ciudades); al mismo tiempo, tiene una función diagnóstica y de difusión (reúne antecedentes, realiza estudios, comparte conocimientos); tiene una función planificadora, que la lleva a elaborar los documentos necesarios para que esto funcione; tiene una función operativa, que acompaña el proceso de definir áreas de intervención; suelen tener a su cargo formas innovadoras de participación ciudadana; reúne en ella, por lo tanto, atribuciones que se encuentran hoy día repartidas en decenas de otras unidades sin conexión entre sí; y, como unidad de gestión, se abre la interacción entre públicos y privados, lo cual es bastante normal en casi cualquiera de los ejemplos de esta Red Mundial de Agencias de Urbanismo.

Tenemos, como les decía, decenas de ejemplos -puse aquí seis (*el expositor se refiere a su presentación de apoyo*), pero hay treinta, cuarenta-, de cómo funcionan estas agencias de urbanismo en el mundo. No funcionan naturalmente todas igual, tienen diferencias porque en las ciudades sobre las que operan son distintos los marcos legales, pero hay un abanico muy grande de oportunidades de aprender de ellas y de extraer algunas formas de funcionamiento en algo tan obvio como lo que acabo de decir.

Este es el “hospital”: integrado, permanente, multisectorial.

La segunda pregunta es el cómo, lo que en el paralelo médico sería el protocolo, ese que dice “cómo se hace”, ese que está en permanente revisión, ese que es objeto de publicaciones y discusiones.

¿Qué herramientas usamos para entender, planificar y actuar sobre la ciudad para resolver los problemas?

En la situación actual, la planificación y el proyecto están fragmentados; no sabemos actuar integradamente: unidades que planifican, unidades que transforman la realidad, y no son necesariamente la misma, y tampoco responden a la misma lógica, porque, de hecho, cuando transformamos la realidad la transformamos sectorialmente, porque, como no está integrado, a veces hacemos transformación del uso del suelo, hacemos transformaciones de la movilidad, pero esas cosas no están integradas, no están pensadas como un conjunto. O sea, no tenemos el “protocolo médico”.

¿A qué nos referimos con un proyecto urbano? La respuesta a esto es tener montado un sistema que nos permita hacer proyecto urbano.

Eso es para nosotros el protocolo. Es el protocolo acordado, discutido, etcétera. Y esta cuestión existe, existe en una serie de contextos legales, mayoritariamente europeos y mayoritariamente del primer mundo también. Pero existe, es un protocolo, una forma de conducta previamente aceptada, con las definiciones y atribuciones legales para que esto funcione, que nos permite desarrollar una idea, conformar una unidad de gestión, hacerse de un suelo, definir un perímetro de proyecto, desarrollar una propuesta intersectorial, financiar, desarrollar infraestructura, áreas verdes, espacio público, equipamiento, movilidad, asociar público y privado, desarrollar una normativa, desarrollar viviendas de interés social y un *mix* adecuado de tipos de vivienda, estimular el desarrollo inmobiliario, una evaluación post y retomar el ciclo y empezar todo de nuevo.

Ese es el proyecto urbano, existe. Hay decenas de publicaciones y ejemplos de esto.

¿Cómo funcionan? No voy a dar detalle de esto -en diez minutos no cabe-, pero básicamente es cómo se desarrolla la idea, cuál es el tipo de unidad gestora, cuál es el tipo de unidad técnica, cuál es la forma de acceso al suelo, cómo se financia infraestructura, áreas verdes, espacio público, equipamiento y cómo se estimula el desarrollo inmobiliario.

Hay muchas alternativas para cada una de esas respuestas, desde las que son más cargadas al mundo de lo público, al sector público, o de las que son más cargadas al sector privado. Podemos discutirlo, este es un espacio de discusión: qué nos gusta más, qué *mix* es el adecuado. Esta discusión no la hemos hechos.

Entonces uno podríamos decir: “Mira, yo confiaría en una manera de desarrollar el proyecto urbano más cargada al rol del sector público”. O uno podría decir: “No, mira, en realidad a mí me convence más bien una más cargada al mundo del sector privado”. Pero esto es una discusión, una discusión que no hemos tenido.

Y, por último, el quién, nuestro “equipo médico”, con funciones claras, con jerarquías; todo el mundo sabe a quién le corresponde qué decisión.

Nuestro quién es un escenario disperso con atribuciones y competencias disgregadas, en las que falta una autoridad metropolitana que lleve adelante una visión de ciudad. Eso no va a ocurrir nunca (una visión de ciudad), si no tenemos una autoridad capaz de llevar este proyecto adelante.

¿Quién debería asumir un rol así? A mí me parece que la lógica indica que esto debería ser un alcalde mayor. Sin embargo, en la situación actual, con la creación de los gobernadores regionales, se abre la posibilidad de que sea el gobernador el que asuma ese papel. Es un tema para discutir. Podría ser otro. Lo que no puede pasar es que no haya nadie.

Por lo tanto, siempre que tenga las atribuciones necesarias, ese gobernador podría ser esa persona que llevara adelante un proyecto urbano mayor a la escala de una ciudad en su conjunto.

En resumen, las atribuciones que le faltarían a un gobernador, para llevar adelante un proyecto como ese, son una regionalización del Fondo Nacional de Seguridad Pública; transferencias a direcciones regionales de Corfo, Sercotec, Sernatur, Sence, Serviu, Vialidad del MOP, Transantiago, etcétera, etcétera.

Sería naturalmente el director de una Agencia de Ciudad; tendría una cierta autoridad, que habría que discutir, sobre los municipios. Y todo esto con la necesaria probidad y control sobre los fondos que administra y entrega, naturalmente, a la luz de las últimas experiencias.

¿Podría ser otra autoridad? Claro que podría ser otra autoridad. Lo que no puede ocurrir es que no haya una respuesta para el quién.

En resumen -y esto es lo que quiero presentarles-, nuestras ciudades están en crisis; todas las ciudades están en crisis, lo han estado desde que existe la ciudad, desde que fue fundada en el medio oriente antiguo hace cuatro milenios. Las ciudades entran en crisis regularmente. De lo único que tenemos que preocuparnos nosotros es de si tenemos diseñada, sí o no, una capacidad de respuesta frente a la crisis.

Y nuestra capacidad de respuesta frente a la crisis debería ser capaz de contestar tres preguntas, a mi juicio: un dónde, un cómo y un quién. Y la propuesta que les vengo hacer es que un dónde debería ser una Agencia de Ciudad; un cómo debería ser un conjunto de herramientas que nos permitan realmente hacer proyecto urbano; y un quién, una autoridad metropolitana competente con las atribuciones necesarias.

Gracias.

---

## FORO 5: INTERVENCIÓN DE JOAN MACDONALD

---

La señora JOAN MACDONALD.- Muy buenos días a todos y a todas.

*(La oradora apoya su intervención con una presentación digital).*

Voy a saltar de inmediato al tema y los voy a llevar a una situación lejana: a Zimbabue, un país en África que fue colonia británica, cuyo héroe nacional, que liberó de la corona británica, se llama Robert Mugabe, y que, por cierto, no les tenía demasiado cariño a los ingleses, pero había algo que lo fascinaba, que era Londres. Quería que las ciudades fueran como Londres, que las ciudades de Zimbabue fueran como Londres, empezando por Harare, la capital.

Y analizando por qué no se parecía a Londres, llegó a la conclusión de que eran los tugurios -aquí se llaman “campamentos”-. Esa era la diferencia entre Harare y Londres.

Y tomó una decisión bastante práctica, que fue eliminar los tugurios quemándolos: les prendió fósforos a todos los tugurios, en esta operación que se llama -tiene un nombre un poco complicado- “*murambatswina*”, que significa “echar afuera la basura”. Y a la pasada, dejó a 700 mil personas sin casa, sin papeles, sin antecedentes, sin formas de sobrevivir, en una situación bastante complicada.

Primero vino la dispersión. La población se repartió por donde pudo alojar, pero poco a poco, y sobre todo las mujeres -menciono eso-, empezaron un proceso que pude acompañar, que es muy interesante, que es la formación de comunidades y el desarrollo gradual de estrategias distintas, que fueron ideando estas mujeres sin techo: primero, organizándose; luego reconstruyendo sus mismos tugurios donde podían, que eran demolidos todas las noches de nuevo por el gobierno; organizándose y haciendo presente a las autoridades a nivel internacional lo terrible que era esto del desalojo que habían sufrido.

Gradualmente y después de años, siete años después, me tocó ya acompañar las primeras negociaciones con los gobiernos locales y el gobierno nacional, y gradualmente fueron haciendo acuerdos que hacen sentido, porque ¿qué se hacía con toda esa gente en la calle?

Finalmente, terminaron gradualmente alojándose en los mismos lugares donde habían estado, ahora con el permiso de las autoridades.

¿Qué tiene que ver eso con Chile?

En Chile también tenemos muchos de nosotros un Londres en la cabeza, ¡por lo menos un Providencia...! Nos gustaría que las ciudades fueran como Londres o como las partes más bonitas de nuestras ciudades. Pero, entonces, aparecen los campamentos, y los encontramos feos y nos molestan y, bueno, vemos cómo habría que eliminar esos campamentos.



Tenemos muy metida la idea de una buena ciudad. Hemos construido, desde el año 1906 en adelante, una institucionalidad fuerte; tenemos una cantidad de programas buenísimos para construir vivienda y ciudad, y una normativa que de abundante a veces asfixia e impide hacer las cosas que razonablemente habría que hacer para construir esa ciudad. Hablo de una ciudad moderna, que es planificada, que la construyen los que saben construir y no simplemente las personas más pobres, con barrios que deberían estar equipados y -ahora aparece esta palabra- con viviendas “dignas”.

Esa es la idea que tenemos metida en la cabeza de cómo deberían ser las ciudades, en realidad, en todo el mundo, en el sur global, en nuestra región latinoamericana, pero, sobre todo, también en Chile.

¿Cuál es el problema? Que esta sostenida presión por elevar estándares: hacer cada vez mejores viviendas, más amplias -que parece muy loable, y lo es-; ponerles ascensores para los viejitos; hacer formas de adecuar las viviendas para que sean más cómodas; esta sostenida presión va elevando naturalmente los costos de las unidades de vivienda.

Y si vemos, por otro lado, los recursos disponibles, por ejemplo, el gasto público por habitante, y comparamos viviendas que están allá abajito, que están en una línea casi topando el suelo, versus educación y salud, que no solo son mucho mayores, sino que van aumentando en el tiempo; o comparamos en el Presupuesto Nacional los tres sectores en el presupuesto que tienen educación, salud versus vivienda, vemos que salud y educación son más o menos un 90 por ciento y solo le queda un 11 por ciento a vivienda.

O sea, claramente hay un desajuste entre esta presión por ir elevando los estándares versus lo que el país, por razones que pueden ser muy valederas, está dispuesto a disponer para el sector de vivienda y ciudad. Y eso, claro, redundo en una cobertura que es cada vez más crítica, en que cada vez atendemos a menos gente de los que necesitan, y el problema se va complicando.

Siempre ha sobrado gente, y siempre decimos: “Bueno, después, en algún momento, vamos a poder atenderlos”.

En los sesenta y setenta se ubicaban en las poblaciones callampa, aquí donde tomaban terrenos, donde podían, en fin. En los ochenta, en que no era posible invadir terrenos, tenemos estos campamentos “puertas adentro”, que son en el fondo de los patios de las casas de los propios parientes y conocidos de la familia, donde se van ubicando estos pendientes que no son absorbidos por las políticas convencionales.

Y, bueno, ahora los campamentos -no voy a entrar en detalles-... Las cifras son realmente espeluznantes y la evolución parece que no va a parar, porque si uno piensa en estos problemas de cobertura cada vez menor, la tendencia a que



haya más gente en campamentos y que sea más difícil de encontrar una solución de suelo y de recursos para atenderlos parece ser la tendencia.

Entonces, cabe preguntarse: ¿el campamento es un problema o es la respuesta a un problema? Eso hay que analizarlo con un poco más de detalle.

Hasta ahora, en el sur global en general y en nuestro país, la idea ha sido reemplazar los campamentos por oferta convencional en el caso de la vivienda. Entonces, vamos reemplazando, poco a poco vamos construyendo vivienda social y trasladando hacia ella los campamentos, o interviniendo los campamentos para que lleguen a ser poblaciones relativamente parecidas a las sociales.

Pero eso tiene un problema: ha tenido un escaso avance cualitativo; la gente no percibe que vive mucho mejor en los conjuntos de vivienda social que lo que vivía en el campamento. Y la aceptación, en general, es bastante mala. La gente no adhiere muy entusiastamente a la idea de irse a una población de vivienda convencional.

Y, por otro lado, el gráfico de la derecha señala que no es muy exitosa esta tendencia, porque las poblaciones en tugurios no disminuyen ni en el mundo ni en América Latina, por lo tanto, la absorción parece ser insuficiente o casi inexistente.

Y de ahí pasamos, entonces, a la idea de que, quizá en vez de reemplazar estos esfuerzos, habría que complementarse con ellos. Y de ahí surge mi propuesta de concebir la ciudad no como una sola forma de hacer ciudad, sino que hay muchas maneras de hacer ciudad, y que esas maneras hay que legitimarlas y complementarlas entre sí, no como una precariedad, sino como una posibilidad.

A lo que hay que dedicarse, entonces, es a que estos barrios que nacen de distintas formas, que pueden ser campamentos, pueden ser otros tipos de expresiones. Hay que articularlos con la ciudad en distintos niveles, para que constituyan realmente una unidad, una ciudad que tiene la sinergia como para ofrecer las oportunidades a todos sus habitantes.

La articulación -brevemente, voy a mencionar- en lo físico es crear los umbrales entre el campamento -por ejemplo, Isla de Dios, en Brasil- y la ciudad, el poder extender las redes que operan en la ciudad hacia estos barrios que están en formación de otro origen que la vivienda convencional.

Un caso muy notable es el Metrocable, en Medellín, que logra conectar, articular físicamente el tugurio con la ciudad central.

En lo operativo, naturalmente, incorporar a los habitantes de estos barrios a la gestión de la ciudad en forma activa, corrigiendo las asimetrías de poder que existen naturalmente, y con esta agenda de ciudad que va a ponerlos en contacto gradualmente con el sector público, el sector privado, los gobiernos locales y los otros actores.

Un ejemplo bien interesante es el rol que han tomado los tugurios que bordean los canales en Bangkok, Tailandia, y que tradicionalmente han sido los contaminadores de estos canales que atraviesan la ciudad, y han logrado, a través de una regularización, hacerse cargo de mantener, justamente, en buen estado estos cursos de agua.

Otro nivel es la articulación de identidad. Es necesario que el campamento se sienta parte de la ciudad y la ciudad también lo sienta parte de ella. Y, en ese sentido, creo que hay ejemplos muy interesantes, como este hostel en Khayelitsha, uno de los tugurios más grandes de Ciudad del Cabo, en Sudáfrica, en que se ha instalado un hostel para mostrarles a quienes les interesa cómo ha operado, por ejemplo, todo lo del *apartheid* y las grades confrontaciones que hubo en todo ese proceso, que quieren ver cómo, dónde sucedió y hablar con sus actores; ahí pueden entonces visitarlos.

Y hago un paralelo con el campamento Che Guevara, que se fundó en 1971, con la idea de mostrar cómo era la forma de vida socialista aterrizada en la ciudad. Y después viene entonces, como buen proceso, el golpe; se convierte en la población Santa Anita; pero aún ahora recuerda ese proceso. Pienso que podría ser interesante mandar de repente a nuestros alumnos a conocer este tipo de experiencias, y entonces constituir en este barrio, que es hoy un barrio de Lo Prado, simplemente una escuela de algo que hace a la memoria y a la historia de la ciudad.

Otro elemento de identidad importantísimo son los migrantes. Siempre miramos con problemas: “¡Uy, 40 mil migrantes en los campamentos!”. ¡Pero qué oportunidad más excelente para realmente poder hacer un acopio de todas las destrezas y saberes que hay entorno al autoalojamiento y entonces hacer realmente de estos campamentos una escuela de enseñanza y de aprendizaje de cómo construir el hábitat autoalojado, autoconstruido!

En resumen, creo que, en política, lo que a mí me importaría sugerirles a ustedes es que tratemos de entender la ciudad de otra forma.

Seamos realistas en el contexto de los recursos reales que existen y las prioridades que tenemos en el sur global, que no son solo de viviendas, sino que están en muchas otras áreas.

Ver que no queremos que nadie sobre en nuestras ciudades, no dejar esos pendientes, y por eso, aceptar que esas personas están haciendo una contribución a través de diversas maneras de hacer ciudad y, entonces, actuar de una forma distinta respecto de los campamentos.

Primero que nada, legitimarlos y dejar de estigmatizarlos como lunares dentro de la ciudad, y articularlos virtuosamente con el resto de la ciudad para que lleguen a constituir una ciudad integral y, de esa forma, tejer esta ciudad, que en el sur nuestro va a ser diversa, va a ser compleja, quizá va a tener errores, pero son

nuestras propias ciudades, van a ser ciudades de experimentar cómo hacer un urbanismo desde abajo, con oportunidades para todos y todas sus habitantes.

Esa sería mi presentación a los políticos.

---

## FORO 5: INTERVENCIÓN DE EVELYN MATTHEI

---

La señora EVELYN MATTHEI.-... *(Sin audio al principio de la exposición)*... un arquitecto, urbanista, Premio Nacional, Germán Bannen, y él la concibió desde un principio como una ciudad jardín. Obviamente que él estaba consciente de que era una comuna, pero hablaba de ciudad.

Tuve la oportunidad de conversar largamente con él, y hablaba de ciudad, básicamente, porque hace sesenta años estaba pensando en un espacio geográfico donde la gente pudiera vivir, pudiera estudiar, pudiera comprar, pudiera trabajar, pudiera hacer todo aquello que hace en una ciudad, pero en un mismo espacio.

En el fondo, él estaba totalmente en contra de ese concepto tan norteamericano, de alguna manera, en que uno vive en un lado y trabaja en otro. Él siempre lo planificó como un todo, y eso es la ciudad hoy día, lo que es Providencia, además con una preponderancia, a pesar de que tenemos muy poco espacio, también de lo verde y del espacio público.

Ahora, dentro de eso, que yo diría que es la única comuna que ha sido bien pensada desde un principio y que, por lo tanto, somos extraordinariamente afortunados, igual tenemos y enfrentamos muchos problemas.

El primero es que efectivamente, a pesar de que viven ciento cuarenta a ciento sesenta mil personas aproximadamente, nos visitan dos millones de personas en forma diaria, ¡dos millones! Entonces, eso significa que se le pone un estrés a la ciudad, a la comuna, que es muy fuerte.

Por un lado, hay gente que adora el lugar donde vive, que quiere ir a las plazas, que quiere pasarlo bien, que quiere irse caminando o en bicicleta adonde trabaja, adonde estudia, etcétera; pero, por otro lado, dos millones de personas, que significan, por ejemplo, altos índices de delincuencia. Claro, tenemos muchos “metros”, tenemos el Costanera Center, tenemos mucha aglomeración de personas, y ahí ocurren obviamente delitos. Entonces, la seguridad es el primer tema que la gente necesita.

Lo segundo es obviamente, de alguna manera, la mantención, porque recibir dos millones de personas diarias significa un esfuerzo enorme en materia de retirar basura, de limpiar calles, de mantener áreas verdes.

Las áreas verdes tienen un uso tan sumamente fuerte que realmente lo que tenemos que poner en materia de esfuerzo y de dinero para mantenerlas es muy alto.

Pero no solamente eso: llega también todo lo que significa el comercio ilegal, llegan los estacionadores ilegales de autos, llegan personas en situación de calle. O sea, hay un estrés que es fuerte.

Y, además, todos nos piden que hagamos algo y no tenemos una sola herramienta ni facultad para hacer frente, por ejemplo, al comercio ilegal. Ni siquiera podemos requisar lo que venden, ¡ni siquiera! Entonces, quiero pasar un dato: que a los alcaldes y alcaldesas nos piden mucho y no tenemos facultades; no podemos ni siquiera pedirle el carné de identidad a una persona, por ejemplo, para pasarle un parte. Tenemos que tener un carabinero al lado.

Teníamos cuatrocientos carabineros en el 2018, ahora tenemos doscientos. Doscientos carabineros en toda la comuna, para dos millones de personas que nos visitan, y obviamente eso en varios turnos; no es que haya doscientos permanentemente en la calle.

Así que solamente quiero señalar que ese es un esfuerzo enorme.

Obviamente que está también el tema de la convivencia. ¿Cómo logra usted un lugar grato, donde la gente viene a divertirse, viene a buenos restaurantes, a cafés, a lugares donde se junta con sus amigos, y al mismo tiempo, hay otra gente que quiere dormir? Un derecho tan básico como querer dormir. Y no es que en los barrios en unos se duerma y en otros se divierta, ¡no!, están todos mezclados.

Entonces, eso también nos pone temas complicados.

Por ejemplo, en este momento nosotros damos obviamente los permisos de venta de alcohol, etcétera, pero a los que se portan mal o a los que atraen gente que a las dos, tres y cuatro de la mañana salen borrachos y hacen todo tipo de tropelías en la calle y no dejan dormir a nuestros vecinos, les estamos quitando los permisos de alcohol. Y, por suerte, hay unanimidad en el concejo comunal para poder hacer estas cosas.

Pero quiero decirles, por ejemplo, que esa convivencia es brutalmente difícil, y esa convivencia es parte de la esencia de nuestra comuna. No queremos que se vayan los hospitales, no queremos que se vayan los hoteles, no queremos que se vayan los restaurantes. El divertirse, el poder estudiar, el poder trabajar y el poder vivir ahí y dormir es lo que caracteriza a nuestra comuna; por lo tanto, nuestro esfuerzo tiene que ser en que puedan convivir y no en que se vayan. Se tienen que ir nomás los peores.

Pero todo lo que son los ruidos, los autos mal estacionados, el mal comportamiento -como les decía- afuera de los bares, el uso tan intenso de parques y plazas, obviamente que es un tema al que nosotros tenemos que estar haciendo frente permanentemente.

Después está obviamente el tema de la planificación.

Se está construyendo un hospital gigantesco -y ustedes lo saben-, el Hospital Salvador. Y yo me alegro de que haya un hospital nuevo, digno, donde puedan atender a las personas; pero, además de ese Hospital Salvador, está el

Geriátrico, está el de Neurocirugía, está el del Tórax, un poquito más allá la FALP, un poquito más acá el Calvo Mackenna.

Y uno se pregunta: ¿y dónde se van a alojar? Porque son todos hospitales donde puede venir gente de Arica, de Punta Arenas; son personas que lo están pasando mal, niños con cáncer. ¿Dónde se alojan los parientes que los acompañan? ¿Dónde quiere tener su consulta el médico, que obviamente quiere trabajar ahí, cerca del hospital? ¿Dónde están los laboratorios? ¿Dónde van a comer las personas que los acompañan? ¿Dónde se van a divertir? ¿Dónde van a poder descansar después del sufrimiento de todo el día? Nadie se preocupa de eso. ¿Cómo va a llegar al hospital gente que a veces viene en silla de ruedas?

Entonces, lo que estamos haciendo ahora, por primera vez -y en eso yo le agradezco a Ricardo Abuauad, que está acá, pero también a varios otros arquitectos que nos están ayudando-, es que estamos llamando a un concurso, probablemente internacional, para poder hacer una zona de salud, donde esté contemplado todo esto: un área verde para jugar con el niño que está enfermo, un área verde donde pueda ir a llorar la persona cuando le dieron una mala noticia, en fin.

Pero esas cosas nunca se piensan. Entonces, se construye un hospital aquí, otro hospital allá o un *mall* por acá, y, finalmente, todas estas otras cosas nunca jamás se ven. Y eso lo estamos viendo, yo diría que por primera vez, y creo que va a resultar algo muy muy interesante.

Pero está también todo el tema de la sostenibilidad y resiliencia. Está el tema del agua. Necesitamos agua para poder tener jardines, porque el 90 por ciento de la gente en Providencia vive en departamentos y, por lo tanto, nuestras plazas se llenan y queremos que se llenen; pero ligerito no vamos a tener agua para regar.

Entonces, ya estamos viendo cuál es la nueva paleta de árboles. Los árboles antiguos se nos están muriendo, árboles maravillosos que son parte de nuestro patrimonio, pero que ya no aguantan la falta de agua, de lluvias, ni tampoco aguantan las temperaturas extremas. De repente se nos desgancha un árbol completo; de repente un árbol que se ve bonito se cae entero y puede matar a una familia completa.

Entonces, estamos haciendo una nueva paleta de árboles. Eso ya está publicado. Nosotros tenemos la suerte, en Providencia, de tener acceso a muy muy buenos profesionales, muchos de los cuales, además, viven en Providencia. Hemos hecho una nueva paleta de árboles, que está publicada, a la que pueden acceder todos los otros municipios, pero que son árboles para el tipo de clima que estamos teniendo.

Pero tampoco podemos seguir con el pasto si requiere una cantidad de agua que ya no vamos a tener. Entonces, estamos haciendo también nuevas formas

---

de plantación que requieren aproximadamente el 15 por ciento del agua que requiere, por ejemplo, un metro de pasto.

Pero todos son temas que tenemos que ir pensándolos y tenemos que estar innovando, porque en realidad nadie nos ha dicho cuáles son las plantas, ni los árboles, ni cómo se mantienen, en fin.

Y, en ese sentido, lo que estamos haciendo es realmente muy fascinante y tenemos ayuda de mucha gente que nos está ayudando en esta materia.

Obviamente, cuando hablamos de sostenibilidad y resiliencia, están también los modos de transporte. Mandamos a hacer, hace poco tiempo, un estudio vial, y la verdad es que, si seguimos así, en veinte años más ya los autos sencillamente no van a poder circular, porque va a estar todo atochado.

Entonces, lo que estamos haciendo es sacar estacionamientos, es disminuir las pistas, que es muy contraintuitivo, porque todo el mundo dice: “¡No!, necesitamos más pistas”. ¡No!, necesitamos menos pistas. Y necesitamos que la gente ande en transporte público, necesitamos que la gente camine, necesitamos que la gente ande en ciclos, etcétera. La verdad es que ya no hay espacio para tener más pistas de autos y es hora de que los santiaguinos nos demos cuenta de que no podemos llegar en auto propio de la casa al lugar donde trabajamos. Eso ya se acabó.

Pero también significa preocuparnos no solamente del cuidado del agua, sino de la eficiencia energética: necesitamos sombra. Las temperaturas máximas que vienen son tan altas, y, por lo tanto, entre el año pasado y este año vamos a regar y vamos a plantar 10 mil árboles nuevos. Pero ¿ustedes se dan cuenta de lo que significa tratar de regar 10 mil arbolitos nuevos? Entonces, necesitamos una campaña donde nos acompañen todos los vecinos y ellos se hagan cargo, porque es imposible estar regando 10 mil arbolitos nuevos, que lo requieren dos, tres veces a la semana.

Estamos preocupados, además, de algo tan básico como la cultura, como la belleza, como el esparcimiento, como la convivencia. Para mí eso es clave en una ciudad.

Entonces, claro, el problema es que tenemos pocos espacios públicos. Y por eso es que estamos transformando... Por ejemplo, sacamos toda una corrida de autos estacionados en la calle Seminario, y como era muy lento ir a pedirle permiso al Serviu para romper la loza, sencillamente le plantamos macetas encima, o sea, unas jardineras que son, no sé, de 2 metros de ancho, así de alto. Entonces, están creciendo plantas, ya llegaron las abejas, y miren, cambia totalmente esa calle.

Antes era un horror ver el auto estacionado todo el día, que además atrae a cualquier cantidad de gente que viene a robarles los espejos y qué se yo. Y



hoy día hay jardineras, y entonces les ponemos unos asientos donde la gente se pueda sentar un rato, pueda conversar con el vecino, porque ciudad no es solamente alojarse, no es solo dormir, es la vida cotidiana, donde uno tiene que poder salir a caminar, encontrarse con el vecino, sentarse en un lado bajo un arbolito, cosas tan sencillas como esas.

Estamos viendo ahora, además, cómo lograr cerrar ciertas calles pequeñas tres veces a la semana, para que los niños puedan jugar en la calle. Las calles no son solamente para los autos, y menos todavía para los autos estacionados. ¡No les puedo contar los conflictos que nos genera cada vez que eliminamos estacionamientos! Nos genera una cantidad de reclamos y qué se yo, pero al final tener ahí un lugar donde los niños puedan jugar o un lugar donde haya áreas verdes, etcétera, la verdad es que cambia la ciudad.

Estamos preocupándonos también de la economía local, muy importante. No queremos que se nos llene de *malls*, queremos el local chico, queremos la panadería de la esquina, queremos el cafecito ahí, queremos el almacén donde la gente vaya, se congregate, es parte de la comunidad.

Nos estamos preocupando de la habitabilidad. Muchos de nuestros edificios tienen sesenta, ochenta años ya. La gente que vive ahí puede pagar los gastos comunes, pero no puede pagar un cambio de techo ni el cambio del ascensor ni el cambio de las verticales, que ya están absolutamente corroídas las cañerías, sobre todo de las aguas servidas.

Entonces, ahí tenemos todo un sistema, un fondo al que se concursa. Obviamente que les damos prioridad a los temas que son más urgentes y donde habita gente con mayores necesidades (adultos mayores, etcétera, que viven de una pensión), para poder ayudarles a eso, porque no queremos que se gentrifique Providencia y que la gente que ya no puede pagar el cambio de techo tenga que vender y se tenga que ir. Queremos que se queden acá, son nuestros vecinos, han estado ahí durante mucho tiempo.

Así que en verdad hay muchos otros temas.

Todo esto, además, obviamente lo tratamos de hacer con la mayor participación ciudadana posible. Cada vez que arreglamos una plaza son por lo menos cuatro o cinco participaciones ciudadanas. Ellos van viendo qué es lo que quieren (qué tipo de actividades, quieren canil o no quieren canil). Todo eso se va votando, se va participando. Y obviamente el tema de la inclusión y la accesibilidad es muy fuerte, porque nosotros tenemos veinticinco mil adultos mayores en la comuna que necesitan obviamente otras formas de moverse.

Yo lo único que quiero señalar es que ser alcalde o alcaldesa es una de las actividades más lindas a las que uno se puede dedicar, porque no es tanta política, sino que es “dónde vamos a hacer el nuevo consultorio”, “dónde hay

---

terrenos”, “de qué tamaño va a ser el consultorio”, “dónde los niños van a jugar”. Son temas cotidianos.

Yo vengo del mundo de la economía. Nunca nunca me había dado cuenta de cómo la calidad de la ciudad influye en la vida de las personas, en la alegría o en la molestia, en la rabia; influye enormemente.

Así que para mí en realidad es un privilegio poder estar acá, conversando sobre temas que son ahora mi primera prioridad, y qué rico que organicen esto y muchas gracias por haberme invitado.

Una última cosa.

Todo el mundo dice: “Claro, Providencia puede hacer todas estas cosas porque tiene dinero”. Y es cierto, ¡es cierto! Hay muchos otros municipios que debieran tener muchos más recursos.

También quiero señalar que cuando llegué estábamos en Dicom, y que, en realidad, les bajé el sueldo a los directores en un millón de pesos. ¡No me querían mucho al principio...! (*Risas*).

Hemos sido superduros, supersupersuperduros en no malgastar ni un peso. En Chile se malgasta mucho dinero, así que se puede hacer mucho más.

Muchas gracias.

---

## FORO 5: INTERVENCIÓN DE JOSÉ RAMÓN UGARTE

---

El señor JOSÉ RAMÓN UGARTE.- Muchas gracias por la invitación.

Celebro, entre otras cosas, el encabezado que tiene el encuentro, que dice: “¿Qué debe hacer la política frente a la crisis de nuestras ciudades?”, porque una de las cosas que uno más echa de menos, desde hace mucho tiempo, es justamente la discusión sobre el futuro de las ciudades, la discusión política sobre el futuro de las ciudades; no la discusión técnica o la discusión académica, sino, de frentón, política.

Así que celebro el encabezado que le han dado a este encuentro.

*(El orador apoya su intervención con una presentación digital titulada “¿Cómo abordar el déficit habitacional?”).*

Yo me voy a referir, como ustedes ven en la pantalla, a uno de los temas que forma parte de lo que llamamos “la crisis de las ciudades”, tema que me ha preocupado a mí desde siempre y que, no en los últimos años, en las últimas décadas -probablemente, al menos en las últimas dos décadas-, como mostró la profesora MacDonald *(referido a expositora Joan MacDonald)*, se está convirtiendo en un problema gigantesco.

Más que decir cifras de personas o de familias que viven con falta de un techo o un entorno adecuado para desarrollar su vida, lo que sí se puede decir es que son demasiadas personas y demasiadas familias. Y el escenario de que esto siga creciendo en el tiempo me parece que no debe ser así, y nosotros no debemos aceptarlo como tal.

A pocos días de asumido el actual Gobierno, en las conversaciones entre arquitectos sobre los campamentos y el déficit habitacional, la opinión compartida era que, a pesar de las promesas y los discursos, al término del actual periodo presidencial habrá, con toda seguridad, más campamentos y mayor déficit de viviendas.

A pocos meses de asumir, el actual Ministro de Vivienda presentó el que llamó un “Plan de Emergencia Habitacional”, que, más allá de sus buenas intenciones, no viene sino a confirmar el diagnóstico anterior.

En este espacio trataremos de mostrar algunos aspectos que respaldan estas afirmaciones, acompañado de algunas propuestas de solución.

Lo primero es que abordar el déficit habitacional es un tema eminentemente político. Y, lo segundo, es que se trata de un problema que compete a la sociedad en su conjunto y también al Gobierno en su conjunto, partiendo por el Presidente de la República. No es un problema del Ministerio de Vivienda, es un problema de la sociedad chilena y del Gobierno de Chile, el Gobierno del Estado, traducido en la Administración que está a cargo.

No cabe duda de que el Gobierno muestra simpatía hacia las familias que viven en condiciones precarias. Se preocupa y trata de hacer más llevadera su situación, lo que está muy bien, si no fuera porque da la impresión de que considera que el crecimiento del déficit habitacional es inevitable. Desde luego, hay una distancia entre acompañar a los afectados y generar medidas para que dejen de ser tales.

Creo que esa idea de inevitabilidad es una mirada realista del actual Gobierno. Voy a explicar por qué. Porque tiene un sustento ideológico, o pareciera tener un sustento ideológico, que está lejos de valorar lo suficiente el Estado de derecho y el principio de autoridad frente a situaciones de pobreza y necesidad, como es el caso de los campamentos, como si las reglas básicas de organización de la sociedad dejaran de regir cuando hay situaciones de pobreza extrema o cuando hay situaciones de necesidad extrema.

Yo creo que eso es un error grave. Es una pulsión natural del ser humano, pero es un error grave el manejarlo como que fueran extrainstitucionalidad, extra Estado de derecho, como una situación aparte.

En concordancia con lo anterior, el Plan de Emergencia Habitacional está enfocado a reforzar la acción directa del Estado en la provisión de viviendas, planteando implícitamente que la magnitud y oportunidad de dicha provisión dependerá o debe depender de las capacidades del mismo Estado, sin participación de los privados.

Ahí hay una desconfianza conocida entre el Gobierno actual y la participación de los privados para resolver problemas públicos. Ellos estiman que los problemas públicos deben ser resueltos por el Estado y no por parte de los privados.

La magnitud de este problema es imposible de abordar solamente por el Estado sin la participación amplia, dirigida por el Estado, pero con participación amplia del mundo privado, que en construcción de vivienda económica y vivienda social tiene una experiencia en Chile también que es centenaria.

Por lo anterior, las medidas que se exponen a continuación se refieren a cuestiones que considero necesarias, suponiendo que el objetivo es no solo detener el crecimiento del déficit, sino revertirlo, probablemente pensando en una futura Administración, porque, como dije, dudo que pueda pasar en la actual Administración.

Como se trata de un problema que podríamos calificar de sistémico, generar cambio significa actuar de manera simultánea en distintos frentes.

El primero es cerrar la puerta, impedir la generación de nuevos campamentos o que crezcan los actuales.

En este propósito hay al menos dos aspectos que sobresalen: el control de la inmigración y las tomas de terrenos para instalar campamentos, situaciones

que interpelan directamente al resguardo del Estado de derecho y al ejercicio de principio de autoridad.

Puede sonar duro esto, pero lo encuentro fundamental. O sea, esto de permitir o admitir -después vamos a ver algunas diapositivas que muestran el drama que significa vivir en campamentos- que la gente se instale, se tome terrenos, que son de alguien, y se instalen a vivir donde ellos puedan o donde estimen conveniente, con condiciones como las que se ven aquí -ahí está un naciente campamento y acá, unos años después, lo que eran las carpas iniciales (*el expositor señala las imágenes que se proyectan en su presentación digital*)-, es la peor solución de todas.

En un contexto en que se valida la toma de terrenos, y no solo se admite, sino que se trabaja para entregar agua potable y electricidad a los ocupantes, el mensaje no es sino invitar a más chilenos y a extranjeros a que se tomen terreno.

En tal sentido, es preocupante que el Plan de Emergencia Habitacional proponga la radicación de trescientos campamentos, planteando la relocalización solo cuando se trate de campamentos emplazados en áreas de riesgo.

A mí me gustaría explicarle a la gente que elaboró este plan que los campamentos son un área de riesgo por sí mismo, independientemente de la geografía donde estén localizados; si no, basta mirar la fotografía de la derecha.

Además, se suma otra particularidad, que es distinta que el resto de los países sudamericanos: en Chile tiembla. El resto de los países de Sudamérica, salvo los que están en la costa del Pacífico, que sí tiembla, similar a Chile -nunca tanto como en Chile-, pero en el resto de los países latinoamericanos no tiembla. Uno puede construir una pandereta de cuatro metros de altura y generar una vivienda de dos pisos y no pasa nada. Aquí en Chile se caen con los terremotos y se muere la gente que está al lado de esas panderetas.

El caso de los incendios, eso sí es universal. Pasa en todas partes del mundo y es inherente a la forma de habitar que tienen los campamentos.

No hay ninguna medida de seguridad que se pueda dar de manera espontánea con la autoconstrucción o la gente que está en los campamentos, sin que haya al menos una dirección profesional detrás que vaya guiando los procesos, como vamos a ver un poquito más adelante.

En buenas cuentas, dejando que sean los propios necesitados los que decidan cómo resolver su problema habitacional, una especie de derecho preferente, frente a las miles de personas que están postulando a viviendas. Los campamentos representan entre un 20 y un 30 por ciento del déficit habitacional, lo que quiere decir que hay un 70 por ciento del déficit habitacional de personas que requieren una vivienda, las que viven en condiciones, muchas veces, miserables, pero que no se

---

han tomado terrenos y no están ubicadas de esta forma. Están esperando a través de procesos regulares. Hay que hacer un montón de cosas con eso, pero hay que generar un canal regular que tenga la potencia necesaria como para revertir el déficit que tenemos hoy día.

Lo primero es cerrar la puerta y parar las tomas de terreno para construir campamentos.

El segundo frente es contar con un techo para todo aquel que no lo tenga (inmigrante, chileno o de donde sea), de carácter transitorio.

Mientras el Estado no tenga un techo donde ubicar a quienes lo necesitan, difícilmente se podrá avanzar.

Si no hay ninguna solución para la gente que no tiene donde vivir y que está tapado con unas mantas en una plaza... bueno, ese es candidato absoluto para ir a instalarse en cualquier terreno que esté desocupado por una cuestión de sobrevivencia. Es el Estado el que tiene que proveer una solución masiva de albergues, en primera instancia, y albergues, en segunda instancia, para una permanencia provisoria pero más larga que la de la izquierda (*el expositor señala las imágenes que se proyectan en su presentación digital*). Son cosas que se hacen frente a la migración, en varios países europeos, pero en Latinoamérica no se hace para enfrentar el tema de las necesidades de vivienda urgentes de las personas, o se hace muy poco.

Se trata de una medida que normalmente no aparece en las propuestas y que considero central.

No es posible frenar la ocupación de terrenos sin tener disponibles soluciones concretas para personas que necesitan de manera urgente un techo para vivir.

Estamos hablando de habilitar refugios en las zonas que reciben migrantes y también de construir albergues en todas las zonas donde existen campamentos o donde existe presión para formar nuevos campamentos.

Su existencia permitiría hacer efectiva la prohibición de realizar tomas de terrenos y abordar el progresivo traslado de quienes hoy habitan en campamentos.

Desde luego, en estrecha relación con lo señalado en el punto anterior sobre Estado de derecho, transmitiendo la convicción de que vivir en un campamento no es sinónimo de saltarse la fila. No se adquiere un derecho preferente por el hecho de vivir un campamento frente a la llegada de una población cualquiera o que está hacinado en un cité en cualquier otra parte. Es decir, un enfoque diferente a priorizar a los habitantes de campamentos sobre el resto de la población, que cumple con las reglas, como vemos en muchos casos.

El tercer frente se refiere al tipo de soluciones habitacionales al que apuntan los programas del Ministerio de Vivienda, donde se observa una carencia de importancia referida al concepto de vivienda incremental.

En la definición de las soluciones habitacionales se deja fuera la opción de entregar lotes urbanizados, que en su interior contemplen una construcción de cocina-baño, idealmente con uno o dos muros estructurales, dejando la construcción de todo el resto a cargo de los adquirentes o de las personas que reciben.

Lo que se llamó las “casetas sanitarias”, lo que fue la Operación Sitio, en la época del Gobierno de Frei Montalva, son esquemas que... Hoy día hay una distorsión gigantesca: pareciera que todo lo que sea prometer una vivienda terminada, de calidad, para que tenga el apodo de “digna”, es la solución. ¡Y eso no es la solución! Como dice Joan MacDonald, los recursos son limitados y la emergencia es gigantesca.

Entonces, no podemos apuntar a que la única provisión sea de viviendas terminaditas con su techito, con puertas, con ventanas, con dormitorios, con todas las cosas. Aprovechemos la capacidad que tiene la gente de autoconstrucción en aquellas partes que pueden ser objeto de autoconstrucción.

Desde luego, no en la urbanización. Tener lotes con agua potable y con electricidad, ya es un avance gigantesco.

Y el segundo avance es resolver el problema sanitario: el módulo baño-cocina. Si a eso se le puede agregar un muro estructural, perfecto. No se necesita más que eso. Después, por supuesto, las personas que tengan alguna capacidad de ahorro y puedan ir optando a viviendas más completas y con mejores terminaciones, perfecto. Pero hay que atacar la base, hay que atacar... que este modelo reemplace a la gente que se toma terrenos y se va a vivir a campamentos.

Ejemplos notables de proyectos de vivienda incremental encontramos, por ejemplo, en algunos premios nacionales de arquitectura, partiendo por mi profesor, Fernando Castillo; Víctor Gubbins; más recientemente Alejandro Aravena también, con su oficina de Elemental. Aquí hay uno de Aravena y uno de Víctor: en el norte y las “casas chubi” de Peñalolén (*en referencia a imágenes de la presentación digital*).

El cuarto frente se refiere al rol del Estado y a la participación de los privados, probablemente el mayor vacío del Plan de Emergencia Habitacional.

¿Vacío por qué? Porque el desafío tiene una magnitud tal que es imposible que la resuelva el Estado por sí mismo. El Estado chileno no es capaz de construir o de contratar directamente la construcción de la cantidad de soluciones habitacionales, urbanizaciones y viviendas que se necesitan para hacer frente a un problema de esta magnitud.



Entonces, mirar para el lado y decir: “No, si en el tiempo el Estado va a ir creciendo”. ¡No, no! No es una cosa que podamos estar pensando que en diez años más la vamos a empezar a solucionar. No es así.

Por último, el quinto frente se refiere a aumentar la disponibilidad de suelo.

Aún existe escasa percepción sobre el bloqueo normativo que se ha ido generando en muchas municipalidades, no solo de Santiago, por decisión de los mismos vecinos, en que no quieren recibir más habitantes, en general, y menos aún quieren recibir habitantes de menores ingresos, habitantes pobres. Entonces, la solución es siempre mandarlos adonde no se vean, lo más lejos posible: “que vengan a trabajar aquí nomás, pero después que se vayan a vivir a otra parte”.

Sin embargo, ya entrando a cosas un poquito más de técnica legislativa, que se hace cargo del encabezado de esta reunión, respecto de qué debe hacer la política frente a estas cosas, recordar que el año 2013, con participación del entonces Diputado Hales, que preside esta mesa, se aprobó una ley en el Congreso Nacional en que se faculta al Ministerio de Vivienda y Urbanismo para aprobar proyectos de integración social por sí solo, con consulta a la municipalidad respectiva para tener la opinión al respecto. Pero la decisión es del Estado de Chile. Es el Gobierno, el Ministerio de Vivienda el que resuelve aprobar determinados proyectos o no aprobarlo si encuentra que no se generan las condiciones favorables que se espera.

Camino más corto que eso no existe.

Desgraciadamente, es una ley que no se ha aplicado, que está guardada en un cajón del Ministerio de Vivienda, probablemente porque le tienen susto al nivel de responsabilidad que conlleva el aprobar proyectos que se salten la normativa que corresponda para poder construir viviendas sociales en un terreno determinado.

La contraparte, la que normalmente se usa, que se demora alrededor de cuatro años, cinco años, en modificar el plan regulador respectivo, o hacerlo a través de una modificación que patrocine el mismo Ministerio, para darle normas específicas a un sector o a un terreno y recién entonces obtener los permisos. Una cosa que son seis años, siete años, por lo menos, de solución, comparado con la posibilidad de autorizar proyectos de parte del Ministerio de Vivienda.

El Ministerio verá de qué manera asume esa responsabilidad; qué cuadros técnicos necesita para tomar buenas decisiones y no hacer tonteras; qué niveles de transparencia tiene que tener las decisiones que hay ahí involucradas. Pero son cosas que se pueden manejar.

Lo peor es quitarle el bulto a la responsabilidad o hacer como que no existe.

La Ley de Integración Social que recientemente se aprobó, es como que no existiera esta facultad. Lo que hace es generar procedimientos y caminos, que demoran estos cuatro años o estos seis años para tener algún resultado práctico.

En mi opinión, no podemos seguir haciendo como que esto no existe.

Como sociedad, en Chile, como Estado, como políticos, como gobernantes, no podemos permitir que esto se siga desarrollando.

Como se ha mencionado, un aspecto central, ya que estamos en lo que era la casa del Senado de la República, son las insuficiencias de las leyes que ha aprobado o aprueba el Congreso Nacional, sea por defectos del proyecto de ley original o de su tramitación posterior.

Las leyes sobre urbanismo y construcciones, incluidas las referidas a vivienda social, son normas especialmente complejas, además de antiguas, con múltiples modificaciones en el tiempo, que no necesariamente guardan coherencia entre sí. No es un problema nuevo ni de este Gobierno.

A modo de ejemplo, así como en este Gobierno se aprobó la Ley de Integración Social, con los reparos que ya he manifestado, en el último Gobierno de la Presidenta Bachelet se aprobó una ley llamada de "Transparencia del Mercado del Suelo" -que algún expositor anterior aplaudía como que era un gran avance-, ley que, junto con no ayudar a la transparencia -no ha mejorado prácticamente en nada la transparencia del sistema de planificación desde antes de la ley a después de la ley-, ha significado una piedra de tope para la elaboración de los nuevos planes reguladores. Le pone una serie de pasos y exigencias y procedimientos. Lo que menos se necesitaba era generar más escalones en un camino que ya era arduo.

A su vez, en el último Gobierno del Presidente Piñera, recién pasado, se aprobó una nueva Ley de Copropiedad Inmobiliaria -se reemplazó la Ley de Propiedad Inmobiliaria anterior de manera completa-, que incluye una serie de disposiciones que son propias de reglamento; cosas que tienen que ver hasta con los muros con los que los condominios dan al espacio público o el largo de las circulaciones, metidas en una ley. Nunca han sido materias ley ese tipo de detalles.

El efecto práctico es que la tramitación de proyectos acogidos a copropiedad inmobiliaria, que son numerosos en todo el país, se ha puesto engorroso, largo, interminable; las direcciones de obras han llenado de consultas al Ministerio de Vivienda respecto de qué debe hacer con la aplicación de estas cosas extrañas y contradictorias que están metidas en la ley.

Tal vez, el recién creado Consejo Nacional de Desarrollo Territorial, que lo anunció el Presidente de la República hace dos días atrás, podría contemplar - pensando en las soluciones- una instancia de asesoría técnica sobre las iniciativas

legislativas, que podría colaborar tanto con el Ejecutivo como con las comisiones respectivas del Congreso.

Es una idea que viene dando vueltas desde la formulación de la Política Nacional de Desarrollo Urbano, en que se echaba de menos una contraparte técnica o, al menos, una labor de asesoría permanente hacia la labor legislativa sobre urbanismo y construcciones, que es tan compleja, como yo les he contado.

Hoy día seguimos con esa pata coja. Y los resultados prácticos es que las leyes tienen deficiencias o incoherencias que, por un lado, hacen que el resultado práctico no se dé, el resultado que está planteado como el objetivo de la ley, y, por otro lado, a veces produce o genera problemas mayores, que no existían antes de que se dictara.

Muchas gracias.